

INTRODUCCIÓN

A Javier, Berta, Beatriz y Guillermo.

ENTRE los temas que actualmente están recibiendo más atención dentro del campo de la historia primitiva del hombre, nos hemos centrado precisamente en el estudio de la industria textil y la cestería en la Península Ibérica durante las primeras etapas de su historia por considerar que se trataba de uno de los aspectos peor conocidos, y sin embargo de gran importancia para el entendimiento de los comienzos de la cultura peninsular, en especial en lo relativo a su desarrollo tecnológico. Aparentemente se podía creer que la escasez de los datos disponibles sobre el particular, tanto arqueológicos como escritos, no permitiría más que esbozar en grandes líneas un simple acercamiento al problema. En efecto, son pocos los trabajos que hacen alusión a fragmentos textiles o de cestería hallados en la Península, como puede comprobarse por la bibliografía que citamos, lo que no significa que entre los fondos de los museos no haya una relativa abundancia de materiales no publicados, o en otros casos deficientemente divulgados, tal como pudimos comprobar en la práctica. Lo cierto es que tradicionalmente dentro de la Arqueología se ha venido concediendo más importancia a aquellos restos que aparecen con mayor frecuencia y mejor conservados, como son los cerámicos, los útiles de piedra, hueso, metal, etc...; y así, la pésima conservación de los fragmentos textiles y de cestería, que proceden de piezas de fácil descomposición, sumada a las dificultades que plantea el estudio de las diferentes técnicas de fabricación y los telares con que se ejecutaron, parece haber sido la causa de que tales materiales hayan permanecido, en un alto porcentaje, en el olvido.

Una impresión similar se obtiene al examinar las noticias escritas de los autores clásicos acerca de las

actividades textiles de los pueblos antiguos. Existen sin duda obras muy destacadas, consagradas al estudio de los procesos textiles durante la Antigüedad, muchas de las cuales todavía no han sido superadas pese a los muchos años transcurridos desde su edición. Tal es el caso de las monografías de H. Blümler, L. Friedländer y J. Marquardt, preparadas con gran meticulosidad y erudición en todos sus capítulos. Sin embargo, estos tratados presentan varios inconvenientes: por un lado, enfocan cada una de las técnicas analizando los textos de los autores antiguos de forma exhaustiva, pero sin aprovechar debidamente el material arqueológico; por otra parte, este cúmulo de noticias se ordena para describir el funcionamiento teórico de cada industria, pero no atiende normalmente a las particularidades del mismo que pudieron introducirse en cada una de las regiones del mundo mediterráneo antiguo. El resultado viene a ser un tratamiento general de las diferentes técnicas industriales a través de la visión suministrada por las fuentes, pero en ningún caso se estudian en directo las manufacturas que con esas técnicas teóricamente descritas obtenía el hombre primitivo, ni ninguna de las muestras que de ellas guardan muchos museos del mundo.

Trabajos como los de E. Vogt, K. Schlabow, H. C. Broholm, M. Hald, R. Pfister, W. La Baume, E. Wipszycka, R. J. Forbes, H.-J. Hundt, J. P. Wild, etcétera, han abierto el camino de lo que podríamos llamar una investigación de carácter mixto, es decir, que engloba el estudio directo tanto de las fuentes escritas como de los restos conservados en amplias áreas geográficas de Europa, de Oriente y del Mediterráneo. Por otra parte, conviene no olvidar la interesante labor realizada por una serie de

investigadores que, a caballo entre la arqueología y la etnografía, han estudiado aspectos concretos del tema, como, por ejemplo, lo relativo a los telares antiguos en comparación con los modelos existentes en su época entre los pueblos primitivos, cuyo nivel tecnológico sería equiparable al de los europeos de hace siglos. Tal es el caso de las obras de A. Leroi-Gourhan en materia de tecnología, H. L. Roth, A. van Gennep y G. Jéquier, M. Hoffmann y G. M. Crowfoot. Merece también mención toda la serie de trabajos relacionados con la moda y la forma de los vestidos antiguos a través de las fuentes escritas, así como de su reflejo en la estatuaría, cerámica o pintura de la época. L. Friedländer, J. Marquardt, L. M. Wilson y F. Kolb, entre otros, se han ocupado ampliamente de este problema.

Para salvar, pues, cualquier tentación de afrontar el tema bajo un prisma unilateral, nuestra intención fue desde un principio, siguiendo el camino iniciado por E. Vogt en sus trabajos sobre cestería y tejido en el Bronce europeo, continuado por K. Schlabow y W. La Baume en las mismas áreas, por E. Wipszycka para el Egipto helenístico y romano, y por J. P. Wild para las provincias romanas del Norte, investigar los aspectos concretos de la actividad textil en la Península Ibérica desde los primeros indicios hasta plena época de dominación romana, basándonos tanto en los restos arqueológicos que guardan relación con esta industria (fragmentos de tejidos, pondera y demás restos de antiguos telares, fusayolas, agujas, representaciones plásticas o escenas de la cerámica, etc...), como en los datos que sobre las materias primas y su elaboración nos proporcionan algunas fuentes clásicas que se ocuparon de los pueblos de la Península, incluyendo entre ellas las que tratan el tema de forma general. Es así como pudimos comprobar que, en efecto, los datos disponibles de una y otra naturaleza permitían sobradamente no sólo conocer de forma parcial algunos aspectos de esta industria, sino, tal como habíamos imaginado, obtener información suficiente para reconstruir con mayor o menor exactitud el proceso de elaboración de las diferentes manufacturas textiles, que son objeto de nuestro estudio, así como un mejor conocimiento de los utensilios y técnicas aplicadas en cada momento.

Resulta evidente que un tema de esta naturaleza debe examinarse dentro de un contexto con entidad propia. La Península Ibérica constituye un área geográfica con estas cualidades, tanto por su aislamiento natural como por la herencia cultural de los grupos étnicos que se fueron sucediendo y que dividieron a la Península en cada época en áreas más o menos

emparentadas entre sí, receptoras comunes a su vez de estímulos e innovaciones de procedencia europea o mediterránea gracias a las sucesivas inmigraciones que se estabilizaron en su interior. Pero era necesaria también una delimitación cronológica. La que hemos adoptado puede quizá parecer excesivamente amplia, considerando que se habrían obtenido iguales o mejores resultados centrándose en un momento más concreto, como la prehistoria peninsular o las épocas inmediatamente anterior o posterior a la conquista romana. Pero lo cierto es que no resulta fácil, cuando se trata un tema en el que los restos materiales; aunque sean abundantes, pertenecen a épocas distanciadas entre sí, asumir la decisión de acotar una etapa menos extensa y dejar fuera toda una serie de fragmentos textiles, en ocasiones los más interesantes, los cuales pueden proporcionarnos la clave sobre una técnica y unos modos de trabajo, que son continuidad de otros similares o idénticos o que los preceden.

De esa forma creemos haber logrado acercarnos a una realidad mayor, puesto que parece clara la pervivencia de los procesos técnicos de estas industrias, desde sus comienzos hasta el fin de las influencias romanas; además este tratamiento más amplio nos ha permitido desentrañar una serie de constantes propias de la Península a lo largo de todo el período estudiado dentro de esta rama de la producción, así como lo que fueron creaciones netamente locales y lo que constituyeron aportaciones foráneas.

Hubiera constituido sin duda un complemento de interés para la visión global del tema el haber analizado los aspectos concernientes a las condiciones del trabajo dentro de la industria textil, es decir, la situación humana y económica de la mano de obra dedicada o empleada en estos menesteres. Por desgracia no disponemos de la información básica imprescindible, y desde luego no conservamos, por ejemplo, como ocurre en el caso de Egipto, elementos claros y explícitos del tipo de los papiros, en los que figuran cuidadosamente anotados detalles muy significativos (organización y horario del trabajo, tipos de industria, salarios percibidos por el obrero por piezas realizadas, relaciones sociales y familiares en el interior del taller, condición jurídica del operario, etc...). Para la Península, en cambio, tan sólo contamos en este sentido con algunos datos procedentes de fuentes ya tardías, así como con la escasa información obtenible de unas pocas inscripciones romanas, que rozan incidentalmente el tema. Por consiguiente, tratar de abordar en un capítulo estos problemas hubiera supuesto, por una parte,

no poder resolver ninguno de ellos durante la prehistoria y los momentos previos a la romanización, para los que carecemos de todo apoyo en este campo, y por otra la obligación de tener que extrapolar las noticias conocidas sobre tales condiciones de trabajo en otros lugares de Europa o del Mediterráneo durante el Imperio romano, aplicándolos a las provincias hispanas con la fundada sospecha de que la situación pudo ser sustancialmente diferente.

Respecto a la documentación que hemos manejado hay que hacer constar que el acopio de fuentes escritas ha significado un notable esfuerzo de revisión y lectura, dada la amplitud de los temas que tratamos y la dificultad de interpretar los conceptos técnicos en ellas vertidos, los cuales ha sido necesario trasladar a nuestra actual nomenclatura científica. Entre los principales autores consultados destacan Aristóteles, en sus tratados sobre animales y plantas, así como la *Historia Natural* de Plinio el Viejo y las obras de los tratadistas de asuntos agropecuarios, como fueron Catón, Varrón y Columela. Por su especial referencia a la Península han sido muy valiosas las aportaciones extraídas de las obras de Estrabón, Marcial e Isidoro de Sevilla. Naturalmente hemos tenido que consultar asimismo numerosas noticias aisladas, suministradas por los diferentes clásicos griegos y latinos, así como por determinados papiros e inscripciones.

En cuanto a la documentación arqueológica debemos señalar que siempre hemos intentado estudiar en directo la totalidad de los restos, y en especial los fragmentos de textiles y de cestería. Únicamente cuando éstos han desaparecido, o las dificultades han sido insoslayables, nos hemos visto obligados a limitarnos a su análisis e interpretación a través de la descripción ajena o de las fotografías de quienes los publicaron. Tal es el caso, por ejemplo, de un grupo de fragmentos textiles hallados en El Argar y yacimientos vecinos. Parte de este material se encuentra en museos ingleses y belgas, a donde lo trasladaron los hermanos Siret, y está siendo estudiado en la actualidad por el profesor H.-J. Hundt, del Museo Central Romano-Germánico de Maguncia. En otras ocasiones nos ha resultado imposible localizar la ubicación de un fragmento determinado, publicado hace ya años, sin indicación del lugar, museo o colección en que pudo ingresar. No obstante, en todo momento nuestra labor se ha visto favorecida por la colaboración de los responsables de las colecciones y museos que hemos visitado en España y en el extranjero.

También queremos manifestar que, en el caso de los materiales que podríamos calificar de complementarios o indicativos de la existencia de esta in-

dustria, como pueden ser las pesas de telar, restos de husos, etc..., no hemos pretendido en ningún momento realizar un corpus exhaustivo de los mismos, lo que nos hubiera alejado del objetivo del trabajo, acercándonos a la confección de una clasificación puramente estilística de tales piezas, labor que no hubiera ensanchado nuestros conocimientos sobre los problemas textiles. Las piezas de este tipo que aquí ofrecemos son simplemente ejemplos escogidos. Si las muestras de pondera procedentes de nuestros yacimientos hubieran sido recogidas con las pautas de una excavación metódica, hoy día podríamos extraer conclusiones definitivas en cuanto al número de telares que existía en un poblado determinado, si se trataba de pequeñas industrias, montadas para uso doméstico por cada familia, o si, por el contrario, este trabajo era realizado en una o pocas viviendas, lo que implicaría la venta de los productos realizados al resto de la comunidad, es decir, una marcada especialización.

Basándonos en las investigaciones osteológicas efectuadas sobre los animales que vivieron en los poblados y la edad de los mismos, hemos procurado ofrecer una panorámica sobre el reparto del ganado ovino y la utilización que de él se hacía en una aldea determinada (animales jóvenes empleados para alimentación, adultos explotados para extracción de lana y leche). De la misma manera la escasez de estudios sobre los restos de fauna marina y flora de los yacimientos nos ha permitido sólo en contadas ocasiones averiguar en qué casos se aprovechó el líquido purpurígeno de animales como la purpura, el murex o el buccinum, y en cuáles la aparición de semillas o polen de plantas como el lino o el esparto pueden ponerse en relación con el cultivo y explotación de estas plantas textiles.

Deseamos por último manifestar el más profundo agradecimiento a todas aquellas personas y entidades que han contribuido generosamente a facilitar nuestra labor. En primer lugar, a los seminarios de Historia Antigua y Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Friburgo (Alemania), donde iniciamos en el curso 1970/71 esta investigación, y en especial la ayuda que tanto entonces como de forma continua hemos recibido del profesor Dr. W. Schüle, así como las facilidades que posteriormente nos brindaron los Departamentos de Prehistoria y Arqueología, Historia Antigua y Filología Latina de la Universidad de Santiago de Compostela (1972-1978). A título personal queremos recordar aquí el consejo que siempre hallamos en los profesores C. Alonso del Real, M. Almagro Gorbea y H.-J. Hundt, así como al Dr. E. Cuadrado, con quien tenemos una deuda es-

pecial por la forma tan desinteresada con que siempre nos ha acogido y puesto a nuestra disposición diferentes materiales del yacimiento de El Cigarralejo.

Nuestro reconocimiento se hace extensivo a O. Arteaga, F. Molina, M. Belén, L. de Miguel, M. C. Aguarod, A. Mostalac, J. Lomas, G. Morote, F. de la Sala S.J., L. Monteagudo, J. Navarro, C. Mata, H. Bonet, B. Martí, M. C. Botella, A. Tranoy, M. Martínez, B. Kuoni, J. P. Garrido, C. Mantilla de los Ríos y M. Peinado, quienes nos proporcionaron o facilitaron el estudio de fragmentos inéditos de tejido y cestería o hicieron posible con su ayuda que este libro sea menos imperfecto; asimismo a los Directores y colaboradores de los Museos de Alicante, Barcelona, Cádiz, Cartagena, Granada, Huelva, Jaén, Murcia, SIP de Valencia, Zaragoza y Central Romano-Germánico de Maguncia, en el cual se nos dieron valiosas indicaciones sobre técnicas de conservación de textiles antiguos.

Valencia, octubre 1983

No podemos ocultar en esta tal vez incompleta relación nuestra gratitud al Museo Arqueológico Nacional de Madrid, en donde hemos encontrado siempre facilidades para la consulta y reproducción fotográfica de sus fondos, y en especial con su en otro tiempo máximo responsable, profesor Dr. M. Almagro Basch, de quien hemos recibido continuo aliento y orientación durante la preparación de este trabajo, que ve ahora la luz merced a la benevolencia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas a través del Instituto Español de Prehistoria y de su Director, Dr. Cristóbal Veny, a cuyos buenos oficios se debe la inclusión en la Bibliotheca Praehistorica Hispana de esta pequeña contribución a la historia de la Península Ibérica.

Y, desde luego, todo mi afecto y mis mejores recuerdos de tantas horas de trabajo compartidas se dirigen en este instante a mi marido, J. Fernández Nieto, sin cuyo consejo y estímulo este libro hubiera sido un imposible.